

OCTAVA UNIDAD

JESÚS Y LOS ENFERMOS

Objetivos

- Acercarnos a la vida de Jesús y descubrir sus actitudes para con los enfermos
- Dinamizar nuestro trabajo pastoral a la manera de Jesús

ANALICEMOS

El milagro del amor

En el centro de la ciudad había una iglesia grande de ladrillo rojo, ventanales de colores y una alta torre con un reloj que daba las horas. En la torre había luces intermitentes para que los aviones no chocaran. En torno a la iglesia había calles muy anchas de gran circulación. Día y noche circulaban todos en torno a la iglesia.

Dentro de la iglesia, en el altar mayor, había un Cristo, colgado de una gran cruz de madera negra. Los domingos la iglesia se llena, pero durante la semana está casi vacía. Sólo algunas viejas y alguna monja van al templo a rezar o a oír misa.

Un día cualquiera chocan dos autos frente al templo. Junto a los carros destrozados se agolpa la gente con curiosidad. Hay heridos y sangre, pero nadie ayuda a los heridos, nadie llama una ambulancia. Los heridos gimen y piden auxilio. Pero nadie se mueve.

Desde la iglesia se oyen los gemidos de los accidentados. Desde la cruz el Cristo escucha los lamentos de los heridos. Entonces, al ver que nadie socorre a los accidentados, ante el asombro de dos viejitas que estaban en el templo, el Cristo desclava sus manos y sus pies, desciende de la cruz, camina rápido por el centro del templo y sale a la calle al lugar del accidente. Los transeúntes se asombran de ver a un hombre medio desnudo con corona de espinas que se apresura al lugar del accidente, corta las hemorragias, reanima a un moribundo haciéndole respiración boca a boca, entra en una cabina para llamar una ambulancia.

La gente le reconoce y comienza a exclamar entusiasmada: ¡Es Jesús, milagro, milagro!

Pero Jesús les dice: El único milagro es el amor. De poco sirve que la gente vaya al templo si no aprende a amar, sobre todo a los necesitados. Este es mi gran mandamiento. Y lentamente Jesús se abre paso por entre la multitud, regresa de nuevo a la iglesia y se sube a la cruz.

Y cuenta la leyenda que ninguno de aquellos accidentados murió, y que desde aquel día la iglesia fue más visitada y la gente de aquella ciudad fue más solidaria.

(Adaptación de un cuento alemán de Gunter Herburger)

Dialoguemos

- ¿Qué nos puede enseñar esta historia?

PARA PROFUNDIZAR

Jesús, modelo de nuestra actuación pastoral

Como Jesús y en su nombre

La atenta contemplación de Jesús, su vida, sus palabras, sus gestos, su forma de afrontar el sufrimiento y la muerte, su trato y relación con las personas, especialmente con las enfermas, ayudarán al agente de

pastoral a configurar su estilo de presencia junto al enfermo y a desempeñar fielmente su misión en el nombre del Señor.

Actitud ante el sufrimiento

Jesús se nos muestra como un hombre que vive la vida intensamente, con una profunda alegría interior enraizada en la experiencia gozosa del Padre y de su Reino. Esta experiencia no lo aleja del sufrimiento de las gentes. Jesús se conmueve profundamente ante el dolor de los otros (Mateo 9, 36; 14,14; 15,32).

Jesús no ama el sufrimiento ni lo busca, pero sabe aceptarlo cuando lo encuentra en su propia vida, y lo asume activamente como la ocasión más realista para mostrar su amor y confianza total en el Padre (Juan 14,31; Lucas 23,46) y su amor y solidaridad incondicional a los hombres (Lucas 23,34). El sufrimiento no desaparece pero es transformado y vencido por el amor (Carta Apostólica de Juan Pablo II sobre el Sentido Cristiano del Sufrimiento Humano, 14-18).

La experiencia del sufrimiento no lo endurece ni lo encierra en sí mismo, antes bien, lo hace sensible al dolor ajeno y capaz de "auxiliar a los que se ven probados" (Hebreos 2,18) y de identificarse con todos los que sufren (Mateo 25,35-40).

Actitud ante la muerte

Jesús se sitúa ante su propia muerte de manera consciente. La acepta libremente: "Nadie me quita la vida, soy Yo quien la da" (Juan 10,18). Es la consecuencia de su fidelidad a sí mismo, a Dios y a los hombres de quienes se siente solidario. Esa fidelidad no le exime de sentir miedo, tristeza, angustia y soledad, pero al propio tiempo cuenta con la fuerza que le viene del Padre para asumirlos (Lucas 22, 40-46).

Jesús muere como ha vivido, abandonándose en las manos de Dios (Lucas 23,46).

Los enfermos, campo privilegiado de la actuación de Jesús

El mundo de los enfermos aparece en los evangelios como el campo privilegiado de la actuación de Jesús. Este es el signo y modelo de su acción liberadora y salvadora (Mateo 11,5; 12,28), pues la enfermedad es vivida, en tiempos de Jesús, como una experiencia de abandono y desamparo, de máxima pobreza, de la maldición divina y de marginación social.

Jesús se acerca a ellos por amor

Jesús está cerca de los enfermos. A veces, son ellos los que salen a su encuentro (Mateo 9, 27), a veces son llevados por los familiares o amigos (Marcos 2,4). En ocasiones es él quien se acerca a ellos o les llama (Lucas 13,12; 18,40).

Jesús se acercó a ellos movido únicamente por su amor. No le mueve el interés o un afán proselitista (Marcos 5,19), ni un deber profesional, ya que no es médico. Tan sólo su amor total a los necesitados. De Él se dirá: "Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos" (Hechos 10,38).

Les atiende sus necesidades

Jesús busca el encuentro personal con los enfermos. Los acoge, escucha, comprende, interpreta sus deseos, les infunde fe, aliento y esperanza.

Jesús libera a los enfermos de su soledad. Les ayuda a descubrir que no están solos y abandonados por Dios. Les ayuda a creer de nuevo en la vida, la salud, el perdón y la reconciliación con Dios.

Jesús pone un especial interés en romper la marginación en que se abandona a algunos enfermos. Busca el contacto humano con ellos por encima de las normas que lo prohíben (Marcos 1, 41) y los reintegra en la vida social dándoles posibilidades de oír, ver, hablar, caminar y valerse por sí mismos (Marcos 7, 34-35; 8,25; Juan 5,8).

Cuenta con ellos

Jesús estimula el protagonismo de los enfermos, no anula su iniciativa. "¿Quieres sanar?" "Levántate, carga con tu camilla y anda" (Juan 5, 6-8). "¿Qué quieren que yo haga por ustedes?" dice a los ciegos de Jericó (Mateo 20,32).

Jesús pone siempre de relieve la fe del enfermo: "Tu fe te ha curado" (Lucas 18,42). Acoge el deseo y la fe de los que le piden la curación: "Que se cumpla según lo que desees"(Mateo 15,28).

Jesús cura -sana- salva a toda la persona

Jesús no cura sólo la enfermedad física, ofrece en la curación corporal la sanación interior de la persona; la libera de la culpa y la reconcilia con Dios (Marcos 2,5); la abre al mensaje de la Buena Nueva (Marcos 7,34); la ayuda a reconocer las causas del mal (Juan 5,14); le devuelve la paz y la salvación total de parte de Dios (Juan 5,14).

Jesús dialoga con los alejados

El encuentro de Jesús con la samaritana (Juan 4, 5-30) refleja su actitud y comportamiento con la persona alejada y muestra los recursos que utiliza para llegar con ella a un diálogo pastoral. El encuentro nace de unas necesidades: la sed y el cansancio de Jesús y el ir por agua de la samaritana. La conversación inicial está llena de ambivalencias, de recelos y prejuicios. Jesús, partiendo de esta ambivalencia, la ayuda a situarse ante el problema, valora su sinceridad, le descubre el sentido nuevo a la vida y le revela quien es. La samaritana experimenta, gracias a ello, un proceso de cambio interior que la lleva a aceptar su propia historia y a ser ella misma portadora de la Buena Nueva a sus vecinos.

Acompaña a las personas en crisis

El encuentro de Jesús con dos discípulos camino de Emaús (Lucas 24,13-35) es una muestra de su comportamiento con personas que están atravesando una crisis. Jesús se acerca a ellos y se hace compañero de camino; se interesa por lo que les pasa; les escucha y sintoniza con su estado de ánimo; les enseña a leer, desde la fe y las Sagradas Escrituras, el sentido de lo que está ocurriendo. Ellos reviven sus experiencias. El gesto de acogida y la fracción del pan les lleva a recuperar de nuevo su fe personal y comunitaria y el gozo interior. Jesús desaparece y los discípulos vuelven a la comunidad donde comparten sus vivencias.

Enseña la relación con el prójimo que sufre

En la parábola del "buen samaritano" (Lucas 10, 29-37), indica Jesús cuál debe ser la relación con el prójimo que sufre: no pasar de largo sino pararse junto a él; conmoverse y compadecerse de él y de su desgracia; ofrecerle, dentro de lo posible, ayuda eficaz, poniendo en ella todo el corazón y ofreciéndose a sí mismo. (Carta Apostólica de Juan Pablo II sobre el Sentido Cristiano del Sufrimiento Humano, 28).

Jesús elige su grupo, lo forma y comparte con él su misión

Jesús dedica una parte importante de su tiempo a ser educador y animador de agentes de pastoral. Elige un grupo de colaboradores (Mateo 10, 1-4; Marcos 3, 13-19). Da preferencia en su trabajo a la formación del mismo, siguiendo como educador su proceso paso a paso. En el grupo cada uno manifiesta su manera de ser (Marcos 8, 32), su proceso de adaptación al mismo, sus intereses y egoísmos (Marcos 10, 37), sus experiencias. Jesús los lleva con él y hablan de lo que han vivido (Marcos 1, 17); confronta sus intereses con los del Reino de Dios (Lucas 22, 24-30); manifiesta su inconformidad con ciertas maneras de pensar de algunos del grupo (Mateo 20, 26-28; Marcos 9, 35); los envía a encontrarse con las personas y posteriormente revisan su actuación (Marcos 6, 30; Lucas 9, 10); los anima ante los fracasos (Mateo 5, 11-12); les ayuda a vivir la realidad hecha de contradicción y de momentos difíciles, por fidelidad al Reino de Dios.

Jesús sigue hoy junto al enfermo

Jesús, el Señor, por su Espíritu sigue estando presente junto a cada enfermo como un compañero de viaje que comparte su situación, da sentido y contenido a su existir, infunde aliento, coraje y paciencia para luchar, es consuelo en la inseguridad y angustia, ofrece la vida de Dios que cura el mayor mal que es el pecado y posibilita vivir toda la existencia de una forma nueva.

Dialoguemos

- Describa las actitudes que Jesús tenía para con los enfermos.
- Estas actitudes, ¿Cómo iluminan su trabajo pastoral?

PARA PENSAR...

A mí me lo hicieron (Mateo 25, 35-40)

Estuve enfermo y me llamaste por mi nombre.

Estuve enfermo y venías cada mañana sonriente a decirme: ¡Buenos Días!

Estuve enfermo y fui para ti alguien y no algo.

Estuve enfermo y aceptaste con paciencia mis impaciencias.

Estuve enfermo y siempre que venías a verme me dabas paz.

Estuve enfermo, llegué con miedo y con afán a tu centro y me acogiste con solicitud y cariño.

Estuve enfermo y diste vuelta a mi almohada para que estuviera mejor.

Estuve enfermo y me trataste con competencia.

Estuve enfermo y me diste lo que más necesitaba: cariño, comprensión, escucha y amor.

Estuve enfermo y me diste a Dios.

Pedro Núñez